CIEZA 6 DE AGOSTO DE 1893.

Precios de suscrición.

UNA PESETA trimestre en toda España

PAGOS ANTICIPADOS

Toda la correspondencia AL DIRECTOR.

EL ORDEN

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES

Precios de inserción

ANUNCIOS—1.ª plana 0'10 pesetas línea.
» 4.ª » precio convencional.

PAGOS ANTICIPADOS

Redacción y Administración

Paseo de Marin Barnuevo 6.

AÑO I. | CENSOR ECLESIÁSTICO, DR. D. FRANCISCO VIGUERAS CÓRDOBA. **Párroco Arcipreste.** | NÚM. 25.

LA SEÑORA

DOÑA ANA MARTINEZ HERNANDEZ

VIUDA DE GARCIA.

HA FALLECIDO EL DIA 3 DE AGOSTO, Á LOS 61 AÑOS DE EDAD, DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS.

R. I. P.

Su desconsolado hijo, **DON SINFORIANO GARCIA**, hija política **DOÑA BRÍGIDA GONZALEZ**, nietos, hermanos, hermanos políticos, primos, sobrinos y demas parientes

Suplican á sus numerosos amigos, encomienden á Dios el alma de la finada por lo que le anticipan su eterna gratitud.

Cieza 6 de Agosto de 1893.

La única ciencia necesaria

—

Con este título ha publicado «el Apostolado de la prensa,» institucion provechosísima de propaganda gratuita de buenas lecturas establecida en Madrid, un precioso opusculito, correspondiente al próximo pasado Julio, el cual viene á formar el número 19 de los dados á luz por dicha asociacion; todos ellos muy interesantes y perfectamente acomodados á las necesidades de la época en que vivimos. Pero, si todos interesantes y todos acomodados á las necesidades de los modernos tiempos, ninguno, en nuestro humilde sentir, reune esos caracteres en grado tan eminente y, sobre todo, ninguno tan importante, como este de que venimos hablando y sobre el cual queremos llamar, muy particularmente, la atencion de nuestros lectores.

Empezando, desde luego, por su importancia, esta nace á primera vista de su objeto y este claramente se revela en su expresivo y muy acertado título: *La única ciencia necesaria*. Pensamiento muy atrevido sin duda alguna, hablar á este siglo, que bien pudiera llamarse de las ciencias, por los grandes progresos que en él han llegado alcanzar las naturales, de la *única ciencia necesaria*; pero, quiérálo ó no, es forzoso á todo hombre imparcial reconocer que, si las ciencias son útiles y convenientes para el perfeccionamiento del hombre, hay una que le es absolutamente necesaria y de todo punto imprescindible, la ciencia de su fin último.

Y en esto la sabiduria pagana estuvo siempre de acuerdo con los dictados de la razon, iluminada por las luces del Cristianismo. «Establecido el fin en la Filosofia, decia Cicerón, todo queda ya para el hombre arreglado y constituido» «Solo una cosa es necesaria» enseña el Apostol.

Pues bien; esa *ciencia del fin*, esa ciencia, que, enmedio del explendor y pasmoso crecimiento de las demás ciencias, es la que tiene mas abandonada y sin cultivo nuestro siglo, hasta el punto de ser casi desconocida para la inmensa mayoria, no ya de las gentes del vulgo, sinó de aquellas, que él saluda con el fastuoso nombre de sábios, es la *única ciencia necesaria*, la que nos enseña cómo hemos de encaminar nuestros pasos, cómo hemos de enderezar todos los actos de nuestra vida hácia la consecucion segura de nuestro fin último, que es un fin sobrenatural. Y precisamente esa ciencia eminentemente práctica y absolutamente indispensable para alcanzar el fin último y gloriosísimo á que Dios plugo elevar la humana naturaleza, es la que se expone sumariamente en ese libro. No puede haber, pues, para el hombre asunto mas importante.

Viene, ademas, esta publicacion con solo su título, y sin que haya entrado, al parecer, como intento particular en la mente de su autor, á combatir uno de los errores mas extendidos, una de las máximas mas funestas, en especial para la juventud, á saber: que es preciso saber de todo, que es necesario conocerlo todo. No, ni el hombre puede ni el hombre necesita saberlo todo.

Y no es que nosotros intentemos con esto limitar el anchohorizonte á que el espíritu humano puede dirigir sus miradas ni que pretendamos neciamente poner barreras á los esfuerzos de la humana razón en la indagación de las verdades que caen bajo el dominio de su competencia ó que Dios ha entregado á las disputas de los hombres, no. Los que proclaman que es preciso á la juventud saber de todo y conocerlo todo, no lo hacen ciertamente para excitar su amor á las ciencias y mostrarle con el dedola fatigosa, larga y áspera via que conduce á los elevados alcázares del saber y de la gloria, sinó antes por el contrario, lo que intentan es casi excusar, ya que no justificar, debilidades humanas, y recomendar; principalmente, con esas palabras el conocimiento del mal, y no solo su conocimiento teórico y por agena experiencia, como para el desempeño de sus deberes necesitan, por ejemplo, el sacerdote, el médico ó el abogado, sinó el conocimiento práctico y por propia experiencia, que resulta de nuestras miseras prevaricaciones y de la corrupción de nuestro corazón.

¡Horrible y perniciosísima máxima, que equivale á abrir la mano y soltar las riendas á aquella edad de la vida, víctima de ordinario de los violentos ímpetus de las mas hervorosas é indomables pasiones! No; no es preciso saber de todo y conocerlo todo en el sentido que el mundo pretende: bástale al hombre, en general, conocer cual es la senda del bien, para comprender naturalmente que el mal empieza allí mismo, donde tiene su origen toda desviacion del verdadero y recto camino que conduce á la consecucion de nuestro fin.

Viene, ademas esta obrita á disipar cierta preocupación, muy extendida por desgracia en nuestra sociedad fascinada casi por completo por las seducciones y halagos de la vida de los sentidos y en el mismo grado inca-